EL LIBRO III DE LOS FASTOS DE P. OVIDIO NASÓN

(Traducción, apéndice mitológico y notas)

POR

EUGENIO A. DE ASIS GONZÁLEZ

(ADVERTENCIA)

Una traducción y un comentario al tercer libro de los Fastos de Ovidio, no es nada nuevo ni de un valor capital; trabajos más amplios y perfectos abundan, y debe entenderse que con el nuestro no intentamos corregir y superar los engendros de otros; tiene sin embargo un relativo interés—a nuestro juicio—la labor que hemos acometido y abordado sin opinión preconcebida y la hemos proseguido con una completa libertad de acción.

Esta última característica, la libertad de concepción y de plan, y el haber redactado estos apuntes de espaldas a los trabajos precedentes, puede dar a la obra unas notas simpáticas de originalidad y personalidad inconfundibles. No es, en efecto, la nuestra una traducción de otra traducción, sino algo que quisiéramos llevase la huella indeleble de nuestro espíritu.

Precisamente el afán de conseguir originalidad explica el hecho de que no hayamos multiplicado las notas, según es uso corriente en los hombres eruditos; por otra parte en este respecto ni queremos hacer los arrabales mayores que la ciudad, ni que se pudiera llegar a decir que la salsa desvaloriza el pescado.

Pero un breve compendio de mitología—principalmente de las figuras que intervienen en el texto—, era algo imprescindible y exigido por la índole de nuestra labor. Para la redacción de esta parte, hemos utilizado

las Metamórfosis de Ovidio sintetizando en lo posible y excluyendo episodios que ni tienen una relación inmediata con el relato del texto, ni contribuyen a su mejor inteligencia.

Tampoco ha sido caprichosa la elección del libro III de los Fastos. Como el año romano comenzaba primitivamente por el mes de marzo y vinculados a él lleva los orígenes de su historia, nos pareció que cronológicamente al menos había que darle la prioridad. Es más, abrigamos la sospecha de que sea el canto de este mes de marzo el más inspirado de los seis compuestos por el poeta de Sulmona; en todo caso es el de más patriótica entonación.

EL LIBRO III DE LOS FASTOS

Depuestos por un momento, Marte guerrero, el escudo y la lanza, está presente al poeta y desentiende de la pesada coraza los resplandecientes cabellos. Quizás tu mismo preguntes ¿qué tiene que ver el poeta con Marte? De ti recibe el nombre el mes que se canta en estos versos y te ves arrastrado por las manos de Minerva a las luchas encarnizadas. ¿Acaso tiene esta diosa tiempo para dedicarse a otras artes que las ingenuas de las letras? Al ejemplo de Palas aprovecha los instantes para conquistar la meta, y así siempre encontrarás ocupación aun cuando estés desarmado. (1)

Desarmado estabas cuando la sacerdotisa romana Rea Silvia te cautivó para que dieses a esta ciudad abolengo ilustre. En efecto, Silvia la Vestal (2)--¿qué inconveniente hay en recordar estas cosas?—solía salir de mañana en busca del agua con que lavar los objetos sagrados (3). Por blando sendero llega a la resbaladiza orilla del Tiber, llevando sobre su cabeza un ánfora de barro; fatigada se sienta en la tierra; el viento refresca sus desnudos senos y ella compone su alborotada cabellera. Mientras está sentada, los sombríos sauces, las candorosas aves y el murmullo ligero de las aguas la adormecen; con astucia se introduce en sus vencidos ojos una apacible calma y la mano desfallecida cae de su barbilla. Marte la observa; nada más verla, siente deseos lujuriosos por la joven, y, sin resistir, goza de la deseada cubriendo con halagos sus divinos hurtos (4).

Al retirarse el sueño, ella se siente pesada, pues que, en efecto, en las entrañas de la doncella romana se hallaba ya el fundador de la Ciudad latina. Pesarosa se levanta, y sin explicarse el por qué de su malestar, apoyándose en un árbol exclama: «¿Es verdad, decidme, que ha de pasar la grata nueva que vi entre sueños, o aquéllo ha de ser aún más esclarecido que el sueño mismo? Apenas me había acercado a los fuegos de Troya, cuando mi lazo de lana, deslizándose de mis cabellos, cayó en las sagradas llamas (5); de allí ¡admirable visión! se levantan a la par dos ramas; una de ellas era mayor, cubría a todo el orbe con sus carga-

dos ramos, y su elevada copa tocaba hasta los astros; pero he aquí que mi tío Amulio descargó su hierro sobre ella. Me horrorizo al recordarlo y mi corazón late intensamente de temor. El pico—ave de Marte—y la loba se disputan la gemela descendencia, y una y otra palma se conservaron gracias a estos animales (6)». Dijo y cogió el ánfora repleta con débiles fuerzas, pues se había llenado mientras refería sus sueños.

Entre tanto, desarrollándose Rómulo y desarrollándose Remo, se iba recargando el vientre de Silvia con el peso celeste; y cuando ya sólo dos signos (dos meses) quedaban al resplandeciente sol para que el año saliese de su encomendada carrera, Silvia se hizo madre; al presentar a la diosa Vesta los dos gemelos, tapó con sus manos los ojos; tembló el ara de la diosa al contacto de la ministra Silvia que había dado a luz, y la llama pujante del fuego sagrado se consumió hasta en sus cenizas (7).

Cuando esto supo Amulio el ingrato, el despreciador de lo justo,—pues vencedor se había apoderado de las riquezas arrebatadas a su hermano—manda que expongan en el río a los gemelos; el agua, sin embargo, rehuyó el infanticidio y los dos niños fueron arrojados por las olas a la seca tierra. ¿Quién no sabe que los dos infantes fueron criados con la leche de una fiera (loba) y que el (pico) ave traía con frecuencia comida a los náufragos? No; no callaré tu nombre Larencia, nodriza de tan grande estirpe, ni silenciaré vuestros trabajos ¡oh pobre Fáustulo! Vuestro elogio vendrá cuando hable de las fiestas laurentales que quisieron los dioses se celebrasen en diciembre (8).

Tenía ya 18 años la descendencia de Marte, la barba que empezaba a apuntar seguía a su cabello reluciente, cuando los dos hermanos troyanos imponían su fuerza a todos los labradores y pastores; con frecuencia volvían a casa satisfechos con la sangre de los ladrones, y hacían volver a sus majadas a los bueyes errantes. Como conocieron su linaje (9), el padre Marte aumentó a sus hijos los ánimos y se avergonzaba de que sus vástagos habitasen en humildes chozas. Cae Amulio atravesado por la espada de Rómulo, y los dos hermanos restituyen en el trono a su abuelo Númitor, ya longevo; fundan las murallas de Roma que, aunque pequeñas, impidieron sin embargo pasar a Remo muerto en la contienda.

Ya era ciudad la tierra donde hasta poco ha selvas y escondrijos había tan sólo, cuando el padre de la Ciudad Eterna (Rómulo) dijo: «¡Arbitro de las armas, de cuya sangre he nacido y de la que, según

creo, daré muchos sucesores! por ti daremos principio al año romano; él tendrá tu nombre». Tal como lo dijo lo hizo, y puso el nombre de Marte al mes primero del año; dícese que esto agradó mucho al dios, pues que era una práctica de piedad.

Los romanos fueron los primeros que honraron al dios Marte, ya que, turba guerrera, quisieron conceder esta prerrogativa a sus aficiones. Los Cecropidos honraron a Palas; Creta, la del rey Minos, a Diana; la tierra Hipsipilea (Lemnos) a Vulcano; a Juno honraban las ciudades del Peloponeso en Micenas y Esparta; los bosques de Menalo (Arcadia) honraban a la cabeza del dios Pan, rodeada de pinos; Marte, empero, era venerado por los pueblos del Lacio, porque ese dios es el que presidelas armas, y las armas fueron las que dieron pueblo y gloria a esta guerrera gente.

Y si acaso ¡oh lector! estás alguna vez ocioso, hojea los fastos extranjeros; en ellos encontrarás siempre un mes dedicado a Marte; el tercero es, para los albanos, el quinto para los faliscos y el sexto ¡oh tierra Hérnica! es para ti; entre los aricinos consta que la división del tiempo y la construcción de las murallas de Túsculo se deben a su mano; para los laurentes es marzo el quinto mes, el décimo para el descortés equiculo, y la turba forense tiene a este mes el primero después de los tres; en esto ¡oh soldado Peligno! convienes con los sabinos en que en uno y otro linaje se venera al dios Marte en el cuarto mes (10).

Pero como Rómulo venciese uno tras otro a todos estos pueblos, consagró los primeros tiempos del año al progenitor del linaje. Y no se crea que los antiguos romanos tuvieron tantos meses como hay ahora; para ellos era el año menor en dos meses al nuestro (11). Aún no había traído Grecia a los vencedores las artes del pueblo vencido, y ya el pueblo latino era esencialmente práctico; el que peleaba con destreza conocía el verdadero arte romano, y era reputado como diestro el que sabía arrojar dardos; ¿quién, empero, sabía que existían las estrellas Hiadas o las Pléyades africanas, o que el eje terminaba en dos polos? ¿quién entonces conocía que había dos costelaciones,—osa mayor y osa menor—de las cuales la última se dirige siempre al Oriente? ¿quién sabía que existían los doce signos del Zodiaco y que el sol recorría uno cada mes, los doce en el año? Movíanse los astros sin que fueran observados por los hombres, quienes, no obstante, se preocupaban de la existencia de los dioses; no veían, en efecto, en el cielo señales mostradoras del tiempo, sino la residencia de sus dioses, a los que era un crimen despreciar.

Todo el respeto de los antiguos era para el heno, así como ahora ¡oh Augusto! ves que es para tus águilas imperiales; se llevaban suspendidos manípulos de una vara larga; de ahí que el simple soldado recibiese el nombre de manipular; incultos los romanos de inteligencia, y aún no bien desarrollada su razón, hacían los lustros menores de diez meses; el año se contaba cuando la luna había recorrido diez veces su carrera, y por eso este número diez tuvo entonces tanta fortuna (12); ya porque diez son los dedos por los cuales solemos contar; ya porque dentro del décimo mes suele dar a luz la mujer; ya porque hasta el número diez se va creciendo y de él se hace origen para nuevas unidades. Por ello, Rómulo de cada diez tribus (decurias) sacó cien patricios (Senado), e instituyó diez hastados; y el príncipe o soldado que servía en la guerra con su caballo, otros tantos soldados merecía (diez). Por eso Rómulo otras tantas curias concedió a los Sabinos, a los Etruscos y a los que llamaban Ramnes; igualmente los diez meses de costumbre conservó en el año, y este espacio de tiempo dura también el lamento de la viuda triste por la pérdida de su esposo.

Y para que no dudes que las primeras Kalendas fueron las de marzo, estas razones puedes llevar a tu ánimo: el laurel que durante todo el año usan los sacerdotes flámines (13), en esta fecha se desecha y nuevas ramas y hojas de esta planta se ponen al uso; entonces reverdece la puerta del templo de Apolo con laurel que se le coloca, e igualmente se hace ante vuestras puertas, ¡oh curia antigua! También en marzo se renueva el sagrado fuego de Vesta; agrega a esto el que, según se dice, se añade y se enciende en el templo antiguo, y la avivada llama toma nuevo brío; y no falto a la fidelidad si digo que entonces salieron los primeros años, porque comenzó a ser honrada Anna Peremna en este mes de marzo, y entonces también se conmemoraron los triunfos de la guerra por ti emprendida, ¡oh pérfido Aníbal!

Finalmente porque el mes de marzo era el primero, por esto recibió el mes de julio el nombre de Quintilis, es decir, el quinto, y a partir de éste comenzó a tener cada mes el nombre del número que en orden hacía (Sextilis, September, October, November, December).

Pero el rey Pompilio, llevado de los campos que tenían olivos a Roma, fué el primero en advertir que faltaban dos meses al año, ya fuera porque lo trajese aprendido de Samos—ciudad de la que se dice que nos volvió a la vida de las letras—, ya que lo recibiese de su propia musa Egeria (ya que lo inspirase su propio talento); sin embargo,

el tiempo siguió sin ordenar hasta que César puso en ello cuidado; pues él, que era divinidad y autor de tan ilustre linaje, no por eso creyó que el ordenar el tiempo desdeciría de su poder; y así comenzó por observar el cielo que se le prometía, y, no siendo aún dios, quiso entrar como huésped en las elevadas y desconocidas regiones. Dícese que él fué quien puso nombre a los signos que en su carrera recorría el sol: él quien juntó los trescientos sesenta y cinco días del año, y del día entero, las cinco partes. He aquí el origen del año; cinco de ellos forman un lustro, como las cinco partes del día forman el día.

Día primero de marzo. Fiesta. (14)

«Si se permite a los poetas escudriñar los celestiales preceptos, consiénteme ¡oh Marte! que te pregunte cuál sea la razón de que, siendo tu patrono de los hombres guerreros, celebran tus fiestas, sin embargo, las matronas». Así hablé yo a Marte, y de esta manera me contestó, quitada su coraza, pero teniendo en su mano derecha el asta arrojadiza: «Yo, que soy el protector de las armas, me veo consultado también en los estudios de la paz ahora, y dirijo mis pasos a otros nuevos campamentos. Pero no creas que de ello me arrepiento; me agrada también morar en estos ámbitos, para que no piense Minerva que ella sola puede aconsejar a los poetas. Escucha, pues, ¡oh laborioso poeta del calendario romano! la contestación a lo que preguntas y guarda con diligencia, en lo recóndito de tu memoria, esto que voy a decir.

Roma—si quieres que nos remontemos al origen—fué pequeña, pero tenía la esperanza de engrandecerse; construyéronse sus murallas; diminutas parecían a los pueblos limítrofes, demasiado grandes a los romanos. Si sientes curiosidad por saber cuál fué el alcázar que ocupó nuestro hijo Rómulo, ve esa choza hecha de hojas y juncos; entre pajas esperaba el regalo del dulce sueño, y a pesar de la humildad de aquel lecho fué trasladado a lo más alto de los astros. Ya el romano había adquirido un renombre más grande que los lugares que habitaba, y, sin embargo, ni esposa ni compañera había para él; la vecindad, rica, despreciaba a los descendientes sin bienes, y no se resignaba a creer que era yo el autor de aquel linaje pobre; perjudicaba a mis descendientes para encontrar matrimonios, el haber habitado en establos, el haberse alimentado de ovejas (15) y el tener pocas yugadas de tierra que cultivar. Las fieras y las aves tienen su compañera, y el reptil mismo posee también de quien le nazcan hijos. En cambio los romanos

piden esposas a los pueblos vecinos, y ninguna mujer hubo que quisiera casarse con ellos. Me condolí de su situación y te concedí ¡oh Rómulo! hogar y compañera. Díjele en efecto a Rómulo: «Basta ya de ruegos; las armas te darán lo que pides». Rómulo prepara fiestas en honor de Conso (rey de los consejos); lo demás que pasó, Conso te lo dirá mientras tu cantas los sagrados acontecimientos de aquel día (16).

Los sabinos se habían ensoberbecido y un mismo dolor cupo a todos, siendo sus doncellas arrebatadas en el convite; entonces, por primera vez, se vió al suegro hacer guerras a sus yernos (los padres de las raptadas con los romanos). Estaban a punto de ser las raptadas madres y largas guerras se preparaban, cuando reuniéndose las casadas sabinas en el templo de Juno, le comenzó a hablar así a mi nuera: «Oh, igualmente raptadas! porque esto de común tenemos no podemos ser muy piadosas; arde la guerra; ¿pero qué es lo que teneis que pedir a los dioses? elegid; de un lado pelean vuestros esposos, de otro vuestros padres; mirad si preferís quedaros viudas o huéfanas; yo os daré resuelto y piadoso consejo». En efecto se lo dió. Las sabinas se presentan; arráncanse los cabellos y cubren sus cuerpos con vestidos de luto.

Ya las batallas estaban empeñadas preparando la muerte con las armas; ya el cornetín iba a dar la señal del combate, cuando las raptadas se interponen entre sus padres y sus esposos, llevando en su seno a los hijos, prendas queridas; como llegasen en medio del combate tirándose de los cabellos y arrodillándose se arrojaban a tierra; los niños, como si se dieran cuenta de las circunstancias, tendían sus bracitos con tiernos lloros a sus abuelos; el que podía llamaba a su abuelo entonces por primera vez visto, y el que no podía era obligado a que pudiese. Faltan las fuerzas y los dardos a los varones; y arrojadas las armas se dan abrazos de paz suegros y yernos; estrechan a sus hijas alabándolas, y el abuelo pone a su nieto en el escudo, siendo esta finalidad más dulce que la de servir de defensa (18).

De aquí el que las madres ebalias tengan a no leve regalo el celebrar el día de las calendas, ya porque esgrimidas las armas en la atrevida acometida, terminaron por sus súplicas las atroces guerras; ya porque en buen hora hice que de Ilia naciese Rómulo; por eso las matronas honran mi día con ceremonias sagradas.

Y ¿por qué no? si es en mi mes cuando el invierno cubierto de hielo cede por fin, y las nieves derretidas por el sol desaparecen, y la uva ya yema se vigoriza en el tierno sarmiento, y la fértil yema que durante

tanto tiempo permaneció oculta, ahora por fin encuentran encubiertos caminos por los que se levante para ser mecida por las auras; ahora es el tiempo apropósito para que el campo fecundice; ahora el tiempo propicio para que el ganado se desarrolle; ahora, en fin, las aves buscan y acomodan en las ramas sus nidos y sus lares. Con razón las madres latinas, a quienes está encomendado conseguir por sus súplicas los tratados de paz, honran los fecundos tiempos de marzo. Añade además que en el sitio donde el rey romano solía hacer sus rezos, colina que ahora tiene el nombre de Esquilino, allí las nueras latinas dedicaron, si mal no recuerdo, un templo a la diosa Juno, precisamente en primero de marzo (19).

Pero ¿por qué me detengo y atormento tu memoria con tantos hechos, si resalta ante tus ojos la razón de lo que preguntas? Mi madre ama a las desposadas; de ahí que las madres tengan hacia mí ese maternal y filial afecto; esta es la principal razón de que me honren en el mes de marzo».

Llevad flores a la diosa; ella se alegra con las floridas yerbas; ceñid vuestras cabezas con flores tiernas y delicadas, y decid: « ¡Oh Lucina! Tú nos concediste la prerrogativa de que pudiéramos concebir»; decidla: «Tú estás siempre propicia a las súplicas de la que te invoca en su parto». Si alguna, en fin, está en cinta, ruéguela con los cabellos desgreñados para que sin violencia libre sus partos.

¿Quién me dirá ahora el por qué los sacerdotes salios (20) llevan los celestes escudos de Marte y aclaman a Mamurio? ¡Oh ninfa a quien le está encomendada la custodia del bosque y laguna de Diana! Habla tú, ¡oh ninfa, esposa y consejera de Numa! Inspírame, pues voy a relatar tus hechos.

Un lago, sagrado ya para la antigua religión, hay en la umbrosa selva del valle Aricino; allí permanece oculto Hipólito (21), enloquecido por los caballos; por eso en aquel bosque no se permite la entrada a ningún equino. Muchos exvotos penden del follaje y no pocas acciones de gracias se le han rendido a la dignísima Diana; con grandísima frecuencia vienen allí, de la ciudad, las mujeres a cumplir la promesa, llevando teas encendidas y coronadas sus cabezas con pámpanos; dominan en él los fuertes con las manos y los cobardes que huyen con los pies, pereciendo cada cual de distinta manera; con débil murmullo corre por allí un río lapidoso, del que muchas veces bebí a pequeños sorbos; la ninfa Egeria, grata a las musas, acucia las aguas; ella fué la esposa y consejera de Numa.

Al principio plugo a los caballeros romanos, harto prontos para la guerra, dar culto al dios por miedo y por justicia; de aquí que nacieran las leyes para evitar que el más fuerte lo pudiese todo, y que comenzaran las tradiciones sagradas a practicarse minuciosamente; la crueldad se aniquila y la justicia se antepone a las armas; hasta llega a avergonzar el haber estrechado las manos de los ciudadanos, y alguno, poco ha cruel, se convierte al contemplar el templo, y ofrece ante los fuegos sagrados sacrificios de vino y pan. He aquí que el padre de los dioses, Júpiter, esparce por las nubes rutilantes llamas, y refresca el ambiente con aguas caedizas; nunca con tanta abundancia cayeron los sagrados fuegos; el rey Numa de miedo se llena, y un terror se apodera de los pechos de la muchedumbre que con el está; dícele la diosa: «Es el rayo divino y la ira del cruel Júpiter recae sobre vosotros; pero Pico y Fauno, deidades las dos del suelo romano, lograron saber la manera de aplacar a Júpiter. Estas deidades no se entregan de buen grado; ponedlas y tendedlas redes». Y en seguida les enseñó de qué manera podían cogerlas.

Hay un oscuro lugar en el monte Aventino del que podrías decir al verlo: «El espíritu de la divinidad reside aquí»; en el medio hay una espesura, y, cubierto por musgo, un manantial peremne de agua que mana de una piedra. De él casi sólo beben las dos aves, Pico y Fauno.

Allí fué el rey Numa y sacrifica una oveja a la fuente, preparando vasos llenos de oloroso vino. El mismo Numa, encerrado con los suyos, en una caverna se oculta; las divinidades de la selva se acercan a los que se habían aproximado a la fuente y fortalecen los resequidos cuerpos con vino abundante. Numa sale de la helada covachuela y pone las manos, semiinsensibles, en los ligados miembros de las aves; cuando despertaron, intentan romper, luchando, los lazos, pero los lazos más fuertemente aprisionan a los que luchan por desasirse; entonces Numa dice: «¡Dioses de los bosques! perdonad lo que hemos hecho, pues sabeis de sobra que no hubo intención de burlaros y que el crimen estuvo lejos de nuestra mente, e indicadnos de qué manera podemos aplacar la ira de Júpiter». Así habló Numa; así respondió Fauno blandiendo sus cuernos: «Pedís merced muy grande y que no es lícito saber, enseñándolo nosotros; nuestros espíritus son limitados; somos divinidades agrestes que dominamos en las elevadas montañas, pero Júpiter impera sobre todos nosotros. Por ti mismo no podrás arrancar del cielo a Júpiter, pero lo conseguirás valiéndote de nuestra intercesión».

Esto dijo Fauno y lo mismo afirmó Pico, agregando: «Corta nuestros lazos, y aquí Júpiter vendrá traído por nuestras artes; esta nube Stigia testigo será de lo que te prometo». Qué hicieran con los lazos, qué preces (22) entonaran y de qué manera trajeran a Júpiter de las mansiones celestiales, no le es permitido saber al hombre; por eso nosotros no referimos sino lo que se nos consiente, lo que es lícito que salga de la boca reverente de un poeta. Te sacaron del cielo, ¡oh Júpiter! por eso los dioses menores te honran también y te llaman el Arrojado; se afirma que temblaron las cúspides de la selva Aventina y que la tierra, oprimida por el peso de Júpiter, se deprimió; los ánimos del rey Numa se excitan, la sangre huye de todo su cuerpo y se encrispan sus hirsutos cabellos.

Cuando recobró el ánimo dijo: «Dinos cómo hemos de aplacar tu ira, ¡oh rey y padre de los dioses superiores! Si es que con manos puras hemos tocado tus dones, y si nuestra piadosa lengua suplica devotamente lo que quiere conseguir». Júpiter hizo señas al que oraba, pero con prolijidades ocultó la verdad y aterrorizó al varón con palabras ambiguas. Díjole: «Corta la cabeza», a lo que respondió el rey «obedeceremos» «de la cebolla extraída de mis huertos será arrancada». Añade este «del hombre»; díjole «los elevados cabellos». Refiérese aquí al alma, a lo cual Numa respondió: «pez» (23). Ríese Júpiter y dijo: «Haré que busques mis dardos, ¡oh varón que no rehuyes el coloquio con los dioses! Cuando el sol mañanero alumbre a todo el orbe, te daré prendas seguras de tu imperio», —dijo— y cuentan que moviéndose sobre los aires con grande trueno despidió a Numa que le adoraba; vuélvese éste alegre y cuenta lo sucedido a los romanos, pero estos no quisieron dar crédito de pronto a sus dichos. Numa entonces les dijo: «pero me lo creereis si los hechos siguen a las palabras; aplazadlo hasta mañana, cuando el sol alumbre a todo el orbe, que entonces Júpiter dará señales ciertas de nuestro poder». La promesa paréceles tardía y se aplaza hasta el día siguiente la fidelidad.

Por la mañana la blanda tierra estaba cubierta de escarcha y el pueblo se presenta ante los umbrales regios. Aparece el rey y se sienta en su trono de acebuche; silenciosos están innumerables varones a su alrededor. Había el sol nacido tan sólo en el horizonte y las gentes intranquilas por lo que pudiera pasar se extasiaban entre la esperanza y el miedo. Yérguese Numa, y cubierta su cabeza con un velo blanco como la nieve, levanta las manos tan familiares ya a los dioses y dice: «se

acerca ya el tiempo del prometido don, ¡oh Júpiter! Que tu obra responda a tus dichos y ofertas». Mientras estas palabras pronuncia, el sol ya había movido a todo el orbe y un fragor brusco vino del eje de la atmósfera; sin haber nubes tronó tres veces y el dios envió tres rayos. Creedlo al que os lo dice; cosas en verdad maravillosas os cuento, pero sucedidas; el cielo comenzó a abrirse desde la media región; la muchedumbre, aterrorizada con Numa, cerraba sus ojos; más he aquí que un escudo cae desde el cielo pausadamente, empujado por el aura débil, y un ensordecedor griterío se levanta hasta los astros desde el pueblo. Numa retira de la tierra la ternera sacrificada como ofrenda, ternera que nunca había entregado su cuello al arado, y llama ancila al escudo porque por cualquier parte aparece redondo y por cualquier lado que mires no tiene esquina alguna (24).

Pensando entonces que la suerte del imperio dependía del escudo, toma una determinación de mucho ingenio; manda fabricar muchos escudos de igual figura que el que había caído del cielo, para que adviertan en seguida su error los que llegaren a poner asechanzas al pueblo romano; Mamurio, quizás el más perito en el arte de los hierros, hizo la obra, ¡oh prodigiosa actividad! diciéndole Numa que se la había encargado: «pídeme la recompensa de tu trabajo; si conoces mi fidelidad sabes que no será en vano cualquiera cosa que pidas». Ya había dado a los sacerdotes salios—así llamados porque saltaban en sus danzas—las armas o tripudias y las rúbricas o versos que habían de cantar en sus ceremonias, cuando le dijo Mamurio: «la gloria sea mi recompensa; suene mi nombre con el himno que por todas las partes ha de difundirse». Por eso es que los sacerdotes salios cumplen lo prometido a quien tan hermosa y artística obra hizo, y aclaman a Mamurio (25).

Si quisieras casarte con alguna, aun cuando los dos tengais prisa, difiérelo, no lo hagas en Marzo, que las pequeñas prórrogas traen consigo muchas dichas, porque las armas son las que mueven las guerras (el mes de marzo está dedicado a Marte, dios de la guerra), y los matrimonios odian las luchas que hacen separar a los dos amantes. Cuanto más se retrase, más apto será el matrimonio. Conviene que la velada, esposa del también empenachado sacerdote de Júpiter (26), tenga en estos días despeinada la cabellera.

2 EF - 3 FC - 4 GC.

Cuando la casi transcurrida noche del tercer día de marzo, anuncie la llegada del próximo día cuarto, aún permanecerá oculta una de las

dos constelaciones de Piscis; porque efectivamente son dos: la una próxima a los Austros, cerca de los Aquilones la otra; ambas reciben el nombre del viento (26).

5 HC.

Cuando la desposada Aurora haya comenzado a rociar la tierra con sus doradas mejillas y se presente la del día quinto, ya sea la constelación Artófilax, ya la del perezoso Bootes, se sumergerá y huirá de tu vista; pero no huirá Vindemitor (el vendimiador). Detengámonos un poco para enseñar de donde traiga su origen esta constelación. Se dice que en los desfiladeros Tracios, Baco amó al joven efebo Ampelon (la vid) (27), cuidado por un sátiro y educado por una ninfa; a éste le entregó una vid, pendiente de las ramas de un olmo, la que ahora recibe el nombre del efebo. Estando Ampelon recogiendo las moradas uvas, se cae de las ramas adonde temerario se había subido. Pero Liber (28) llevó al cielo al caído, convirtiéndole en constelación.

6 A. Festivo. En este día, César fué nombrado Pontífice Máximo.

Cuando el sexto sol trepe desde el Océano hacia el empinado Olimpo y abra los aires con sus dorados cabellos, cualquiera que seas quien presente estás a mi lectura, séate grato honrar los misterios de la casta Vesta y quema incienso en los altares de Ilión, pues el honor pontifical vino en este día a unirse a los ya innumerables timbres de gloria del César, honor este pontifical que sobre todos quiso merecer. Los dioses protectores de César más perdurables son que los eternos fuegos; vinculado a ellos verás el testimonio del imperio y su fortuna. ¡Oh dioses de la antigua Troya, dignísimo tesoro para Eneas, que consigo los llevaba y con los cuales estuvo siempre seguro de sus enemigos! El sacerdote descendiente de Eneas (César) logró que por él se interesasen las deidades con quienes estaba emparentado. ¡Vesta! ¡protege al César! y vosotros ¡fuegos que él alimenta con piadosa mano! ¡vivid y no os extingais nunca! ¡Fuegos y jefe! os lo ruego, ¡perdurad siempre!

7 B Nonas. Festivo.

Las Nonas de marzo famosas son por un acontecimiento: porque en este día le fueron dedicados a Júpiter templos entre dos collados (29), según reza la tradición.

Cuando Rómulo rodeó a su ciudad de una muralla dijo: «cualquiera

que sea el que huyendo de otra patria se refugie aquí, seguro estará» (30). ¡Oh, y cómo de origen tan humilde el Romano aumentó, antigua turba que no envidió a nadie! Pero para que tú, que eres de suyo desconfiado, no dudes de la novedad del nombre *Vediovis* dado a Júpiter, escucha quién sea este dios y por qué se llamó así: Júpiter es joven; observa su rostro juvenil; fíjate también en sus manos; no tienen aún rayo ninguno; Júpiter se armó de ira cuando los Gigantes atrevidos quisieron arrebatarle el dominio del cielo; antes estaba inerme (el monte Casovo y el Pelión, aún mucho más alto arde con nuevos fuegos, y el Olimpo permanece hendido en la compacta tierra); también hay al lado de Júpiter una cabra, y cuentan que las ninfas de Creta la temían; esta cabra amamantó a Júpiter cuando era niño.

Ahora voy al por qué del nombre: los colonos llaman a la semilla que no crece mucho floja, diminuta, insignificante, y si ésta fuerza y valor tiene la palabra *vegrandis*, ¿por qué no sospecho que al decir templo de *Vediovis* se refiere uno al templo de Júpiter el grande? (31).

También el día siete de marzo nuevas constelaciones tachonan el azul cielo. Mira hacia él y verás la cola del caballo de Gorgona; se dice que herido por la pesada maza de la Medusa, saltó la sangre fuera de sus guedejas, y el pegaso, elevado sobre las nubes más allá de los astros, tuvo por tierra al cielo, por pie las alas; y cuando en su boca, digna de mejores cosas, tuvo que soportar nuevos frenos, con su pezuña hizo brotar las aonias aguas; ahora goza de aquel cielo al que intentó muchas veces subir con sus alas, y brillante resplandece en quince estrellas (la constelación de su nombre) (32).

También observarás, si miras al cielo, la corona de Ariadna. Esta fué convertida en constelación por el crimen de Teseo. Después de la huida del infame Teseo, su primer esposo, había escogido por compañero a Baco, traspasándole la facultad marital; alegrándose de este cambio del lecho nupcial decía: «¿a qué simple me lamentaba? aquel pérfido Teseo huyó, pero su abandono ha sido beneficioso para Baco y para mí». Entre tanto, Baco vencía a los indios de ensortijado pelo y volvía rico del Oriente, orbe de la aurora; entre las cautivas que traía, todas de hermosura sin par, amaba sobremanera a la hija del rey.

Por esto lloraba la esposa amante Ariadna, y tendida sobre la ondulada playa lanzaba estos gemidos, desgreñados los cabellos: «¡oh mar! heme aquí de nuevo; oye quejas parecidas a las que antes pronunciaba; pues que mi primer esposo Teseo me abandonó, y mi segundo esposo

Baco me hace traición con la hija del rey de los indios, ¡oh arena! recibe otra vez mis lágrimas. Poco ha decía yo: «¡infame Teseo! él en efecto marchó, pero hete aquí que Baco me hace la misma traición; ahora, pues, diré: ninguna mujer se haga caso de los hombres, que su situación será la misma, cambiados tan sólo los nombres; ¡ojalá hubiera consumado el suicidio que cuando me abandonó Teseo me propuse! a estas fechas ya no existiría; ¿por qué, ¡oh Baco! me tenías reservado el que muriera abandonada en estas soledades arenosas? pude de una vez haber acabado; ¡Baco, voluble, más voluble aún que las hojas que rodean tu frente! compadécete de mis lágrimas; te atreviste ante mis ojos a profanar un tan avenido lecho nupcial trayendo una ramera; ¡ay! ¿dónde está tu prometida fidelidad? ¿dónde lo que jurar solías? ¡Pobre de mí, desgraciada, cuántas veces he de pronunciar estas palabras! recriminabas la conducta de Teseo y lo llamabas engañador, pero tú aún te portas mucho peor que él; mas, quémeme yo con sufridos dolores sin quejarme a otro para que nadie se entere de mi desgracia, no sea que me convenza de que he sido digna de que se me engañe tantas veces; y sobre todo procuraré que no lo sepa Teseo, no sea que se alegre de que haya habido quien le acompañe en su delito; una blanca ramera ha sido preferida a mí que soy morena? venga ese color a nuestros enemigos! pero ¿qué importa esto? ella te es más grata que el mismo vicio; ¿qué haces? desprecia ella tus abrazos; ¡oh Baco! sé fiel y no prefieras ninguna mujer a los amores de tu esposa. Yo tuve siempre la debilidad de amar al hombre (mi madre se enamoró de los cuernos de un hermoso toro (33), de los tuyos Baco quedé yo prendada); este amor mío me honra, pero tú en cambio debes avergonzarte del que tienes a la india; no me burles porque te amo; bien sabes tú que este mi amor no te perjudicaba, pues tú mismo me has confesado que ardías alguna vez por mí también. Por otra parte, nada de extraño es que me hayas encendido de amor, pues naciste en el fuego y de él fuiste arrebatado por una mano amiga. Yo soy aquella a quien tu solías prometer el cielo; ¡ay de mí! que recompensa recibo por el cielo».

Esto había dicho, pero mientras, Baco oyendo estaba sus lamentos, ya que, por casualidad, la seguía por la espalda; la cubre dándole un abrazo; seca con besos sus lágrimas y la dice: «dirijámonos juntos a lo más alto del cielo; tú siempre junto a mí en el tálamo, recibirás mis palabras, porque desde ahora mudarás el nombre de Ariadna por el de Libera; te orlaré con una corona de estrellas lo mismo que la que dió

Vulcano a Venus». Lo que dice, hace y transforma nueve perlas en fuegos; esa corona es la que resplandece ahora en nueve estrellas (34).

8 CF - 9 DC - 10 EC - 11 FC - 12 GC - 13 H - EN - 14 A Caballos, Festivo

Cuando el astro sol que sigue al purpúreo día, en su rápida vuelta se haya elevado seis veces alumbrando a todo el orbe, (cuando sea el día catorce) podrás presenciar nuevas fiestas de caballos en el florido campo que limita por un lado con las ondulosas aguas del Tiber. Este, si alguna vez se sale de madre, obliga a que las carreras tengan lugar en el monte polvoriento llamado Celio (35).

15 Idus. Festivo.

En los idus de marzo se celebra la fiesta genial (36) de Anna Peremna. En un lugar no lejos de tus riberas, advenedizo Tiber, la gente se reune y dispersándose por aquí y por allá entre la verde hierba, bebe, sentándose cada uno con su pareja; unos se exponen a la inclemencia del tiempo, pocos ponen tiendas de campaña para resguardarse de la lluvia, del sol o del viento; hay quien hace una cabaña frondosa con ramas y juncos; algunos, después de poner sobre gruesas pilastras cañas, colocan encima de ellas sus togas extendidas. Todos se enardecen allí, con el sol y con el vino, y brindan para que su salud se extienda por muchos años. ¡Cuántos vasos beben y consumen hasta lo infinito! Encontrarás quien apure tantas copas como años tuvo Nestor (37), pues entienden que cuantas copas beban otros tantos años vivirán, según consultan a la profetisa; allí cantan lo que han aprendido en los teatros y acompañan sus palabras con gestos de manos; se bailan torpes danzas alrededor del vaso de vino, y la doncella cortejada danza, sueltos al aire sus cabellos. Cuando a casa vuelven de la romería, vienen medio borrachos, hay escenas de gente baja y la turba que sale a su encuentro aclama y da vivas a los afortunados asistentes (30); poco después tiene lugar la verdadera ceremonia; yo, que la presencié hace poco, estimo que es digna de que se relate. Una vieja borracha conduce a un viejo en estado de embriaguez. Quien sea aquella diosa, aunque es cosa que anda en opiniones, yo he de decir cuanto sé sin callar ninguna fábula que sirva a mi propósito y objeto.

Dido se había enamorado perdidamente del piadoso Eneas; aun después de muerto seguíale ella amando; al remover una vez sus cenizas

se encontró en un mármol de su sepulcro este breve epitafio que ella misma estando para morir había compuesto: «Eneas proporcionó la causa y el instrumento de mi muerte. Dido murió por su amor» (39). Poco más tarde invaden los númidas su reino; el moro Iarbas, rey de Getulia, se apodera de Cartago y acordándose del desprecio que Dido le había hecho no queriendo su amor, decía: «he aquí que yo, a quien tantas veces ella rechazó, gozo ahora del tálamo de Elisa». Los Tirios—fenicios que habían venido con Dido—huyeron cada uno por donde le fué más fácil, como se dispersan las abejas una vez que pierden a su rey. Ya las eras habían recibido por tres veces en su lecho las cortadas mieses, y ya por tres años consecutivos se habían encerrado los mostos en los cóncavos lagares, cuando Anna—hermana de Dido—es arrojada de Cartago, su patria, y llorando se ve obligada a abandonar las murallas de la ciudad de su hermana; antes quiere dar el postrer testimonio de cariño a Dido: las trituradas cenizas reciben ungüentos mezclados con lágrimas y júntanse en un beso los cabellos en libación; tres veces dijo «adiós», tres veces oprimió contra su pecho las cenizas que llevó a su boca, pareciéndole que en ellas volvía a la vida su hermana. Después se dirige con reposado paso a la nave y a sus amigos que en la mar la esperan, sin perder de vista las murallas, famosa fortaleza de su hermana.

Hay una isla fértil en la estéril de Malta y próxima a Pantalerea, a la cual azota el oleaje del estrecho líbico; a ella se dirigió Anna confiada en la antigua amistad de su rey; reinaba en efecto allí el hospitalario rey Batto, rico en tesoros, quien después que oyó las desgracias ocurridas a una y otra hermana, dijo: «Esta tierra con todo lo que en ella hay, tuya es»; y efectivamente que hubiese observado hasta lo último el sagrado deber de hospitalidad, de no haber temido las fuerzas de Pigmalión, hermano de Dido y Anna, que las hizo huir de Fenicia. Dos veces el sol había recorrido sus signos (habían pasado dos años), corría el año tercero y una nueva tierra de destierro se le abría a Anna. Su hermano Pigmalión se presenta y declara la guerra. El rey Batto que odiaba las armas, dijo: «Nosotros no somos guerreros; tú, pues, Anna mi huésped, huye». La mandada obedece y entrega su nave al viento y a las olas, pues su hermano era más embravecido y de temer que el mismo mar.

Cerca de los ríos abundantes en pesca del lapidoso Gratis hay un pequeño campo; la turba que le habita lo llama Camerón; hacia él

se dirigió Anna y no estaba más lejos de allí que lo que en distancia puede recorrer un objeto arrojado con onda nueve veces, cuando caen las velas y son agitadas por el aire sin dirección fija; el navegante decía: «sujetad las aguas con el mástil» y mientras se afanan por arrastrar la nave con la vela vuelta y rota, la encorvada popa es golpeada por un furioso huracán y arrojada la nave al medio del mar; en vano el piloto lucha contra los elementos; la tierra, vista poco ha, huye de sus ojos, las olas saltan, el ponto se hincha desde la elevada altura y abre en un abismo sus blancas aguas. La pericia del piloto es vencida por el viento; ni siquiera ya usa del timón el moderador de la nave, pues no obedece, y con votos al cielo pide auxilio. La desterrada fenicia Anna se echa sobre las turgentes olas y cubre con sus vestidos sus húmedos ojos; entonces por primera vez juzgó feliz a su hermana Dido y a cualquiera otra que pisó tierra logrando arribar. La nave fué arrastrada por un impetuoso viento al litoral del Lacio, y deshecha por tanta adversidad se sumerge y hunde (40).

El piadoso Eneas había conseguido aumentar el reino del Lacio y unir en uno dos pueblos; paseábase con el pie desnudo por oculto camino en el litoral acompañado de su ahijado Achates, cuando vió a la que errante había naufragado y no se resignaba a creer que Anna fuese; «¿a qué, pues, había de venir a los campos del Lacio?» Mientras esto se preguntaba Eneas, «Anna es» exclamó Achates, y ella volvió el rostro al oir su nombre. ¿A dónde huir? ¿qué determinación tomar? ¿a qué otras regiones encaminarse? Ante sus ojos se presentaban los hados de la desgraciada Dido, su hermana. En tanto que todos estos pensamientos acudían a la mente de Anna, así el héroe de Venus (Eneas) a la temblorosa habla, llorando él conmovido ante el recuerdo de Dido: «¡oh Anna, te juro por esta tierra del Lacio que en tiempos mejores solías oirme decir que me habían prometido los prósperos hados y por aquellos dioses que entonces llevaba conmigo, a quienes hace poco he colocado en esta tierra; te juro que repetidas veces ellos me echaban en cara mi tardanza; pero ni aún así temí a la muerte; nunca pensé en este temor, pero ¡ay de mí! que la muerte fué más cruel que lo que se podía pensar. Mas no te importe, no he visto en aquel cuerpo heridas que produzcan la muerte y aun así me creo con fuerzas para acercarme a las mansiones de la eternidad. Pero ya sea que tu propósito e intención te haya traído deliberadamente a estas nuestras playas, ya que hayas venido impulsada por el destino, disfruta de las comodidades y bienes de

mi reino, puesto que recordamos yo y los que conmigo vinieron de Troya los muchos beneficios de ti recibidos y lo no poco que debemos a Elisa, quien nos hospedó en Cartago; se te atenderá por lo que tu nombre y el de tu hermana significan.

Anna se entrega al que tales cosas le dice, pues ninguna otra solución tenía, y le cuenta las peripecias de su destierro. Y cuando vestida con el ropaje troyano entró en la casa del Lacio, así comenzó a hablar Eneas, mientras la multitud de los ciudadanos callaba: «Cómo te presentaré a esta Anna, ¡oh esposa Lavinia! es lo que ahora cautiva mi piadosa atención. Cuando naufragué en las costas de Cartago ella me auxilió con sus riquezas; nacido ha en Tiro, y posee un reino en la costa Libica; ruégote, pues, que la ames con amor de hermana querida». Promete hacer cuanto le dice, mas en su interior siente Lavinia la herida de los celos, y reprimiéndose disimula. Y cuando ve Anna que le presentan ante su vista muchos regalos, recela, sin embargo, que a su espalda se maquinan muchas cosas contra ella. No se decide a tomar una determinación; aborrece con saña, prepara asechanzas y desea morir vengada. Viene la noche; aparécesele Dido con la cabellera ensangrentada y la dice: «huye, no lo dudes un momento, huye a escape de esta tierra entristecida». El aire saca fuera los lamentos que siguen a estas palabras; veloz salta del lecho y por una ventana se tira al campo; el mismo temor le había dado audacia, y por el camino que el miedo la señala corre, ocultándose con su ceñida túnica, como corre el gamo al oir de cerca a los lobos. Dícese que el pequeño arroyo de Nemi, que tiene muchas derivaciones, la envolvió en sus olas y la ocultó entre su vado. Entre tanto, la buscan con gran ansiedad por los campos sidoneos; aparecen señales y huellas de pies; llegaron buscándola hasta la orilla y allí también aparecen señales y vestigios; entonces el río, dándose cuenta que buscaban a Anna, detuvo su curso, oyéndosela estas palabras: «la ninfa soy de este plácido Noemi; oculta estoy en esta constante corriente (amnis peremnis : : Anna Peremna), por eso me llamo Anna Peremna» (41).

Alegres por haberla hallado, en seguida se ponen a comer por los lugares donde anduvieron buscándola (42), y conmemoran la fecha y el suceso con vino abundante (43).

Hay quienes, a pesar de esta versión, dicen que Anna Peremna es la Luna, porque llena con sus meses el año (annum-año); otros que es Themis, y otros que es el buey de Inachia; hasta encontrarás quien ase-

gure ¡oh Anna Peremna! que eres la ninfa del Atlántico, y que fuiste tú la primera que amamantaste a Júpiter.

También llegó a nuestros oídos, respecto a este asunto, esta otra leyenda que voy a referir, y por cierto que no deja de tener bastante fundamento.

La antigua plebe romana, cuando aún no tenía para su desfensa los tributos que luego se crearon, huyó de Roma y se fué a lo alto del Monte Sacro; acabándosele estaban los pertrechos de vestido y de trigo propios de los usos humanos que habían llevado consigo, cuando he aquí que apareció en los arrabales ganaderos de Roma cierta Anna pobre, pero vieja muy servicial; ella, recogidos sus cabellos con un ligero pañuelo, preparaba, con su mano vacilante por la edad, manjares rústicos y tortas, soliendo repartir entre el pueblo por las mañanas estos panes cocidos al fuego; este maná fué grato a la plebe, quien una vez hecha la paz con los patricios le dedicó en su propia casa una lápida peremne inmortalizando el hecho de que Anna había suministrado en momentos difíciles víveres a los que carecían de ellos.

Réstame ahora el decir la razón de que canten a la doncella estrofas obscenas, porque es muy cierto que en la romería cantan versos vergonzosos y lúbricos. Poco hacía que la habían convertido en divinidad cuando acercose Marte y seduciéndola le dijo estas palabras: «serás honrada en mi mes, pues que uní mis temporales a los tuyos; espero que tú corresponderás a mi amor: Guerrero, yo me abraso por el amor de Minerva, también guerrera, y esta herida hace ya tiempo la llevo en el corazón; ea, decídete, juntémonos en uno solo ya que somos dioses semejantes; vieja compañera, ese es tu deber» Esto le dijo. Ella engaña al dios con vanas promesas y con dudosa tregua lleva al ánimo de Marte una necia esperanza. Muchas veces instándole al fin, dijo: «hacemos lo mandado»; ella entregó sus manos vencidas por mis súplicas». El amante lo cree y prepara el lecho conyugal; allí es llevada Anna, cubierto su rostro como doncella que va a desposarse, y cuando ya iba Marte a darle los besos lúbricos, dejó ver su demacrado rostro Anna; entonces subió el sonrojo a Marte burlado, la ira al dios; ríese Anna del amador; la nueva diosa fué estimada por Minerva, pues no hubo cosa tan graciosa como esta Venus. Por eso el que se canten coplas obscenas y se representen acciones torpes, pues no deja de tener gracia que una vieja rugosa y fea diese su promesa nupcial a tan grande dios.

Iba a dejar de referirme a la apoteosis del príncipe Cayo Julio Cé-

sar; iba a pasar por alto las espadas que se clavaron en el príncipe al ser asesinado en el Senado por Bruto y Casio, cuando Vesta me habló así desde sus castísimos fuegos: «no tengas inconveniente en recordarlo: César fué mi sacerdote, y unas manos sacrílegas me perseguían llenas de dardos; pero yo misma arrebaté al varón y sólo dejé en la tierra una imagen burda suya; lo que cayó herido por los dardos no era en efecto sino la sombra de César». Y en verdad que éste, elevado al cielo, logró ver los atrios de Júpiter, y tiene ahora en el Foro grandes templos y estatuas que le han sido consagradas. En cambio los insensatos que se atrevieron a practicar lo ilícito contra la voluntad de los dioses e intentaron acabar con la cabeza pontifical, perecieron con justo castigo. Sed testigo de ello vosotros ¡Casio y Bruto! que hallasteis la muerte en la batalla de Filipos y todos vuestros partidarios, con cuyos huesos quedó emblanquecida la tierra; este fué el triunfo; esta la verdadera piedad: el vengar al dios con armas justas y legítimas.

16 CF.

Cuando la aurora siguiente al día quince, haya hecho revivir las tiernas hierbas, se logrará ver la constelación de Escorpión en su primera parte.

17 D. Baco. Festivo.

El día tercero después de los idus es celebérrimo por estar consagrado a Baco; ¡oh divinidad del vino, ilumina al poeta mientras canta tus hechos! No, no me referiré a tu madre Semele (44), quien no te hubiera dado a luz sino que te hubiera abortado a no haber sido porque Júpiter le atemorizó con sus rayos, ni hubiera tenido tampoco el complemento debido la obra del padre y de la madre haciendo que pudieses nacer a su debido tiempo; largo también sería contar tus triunfos por las tribus Sitonias y Escíticas, y hablar de las gentes de la India por ti sometidas y donde se produce incienso. Tú también, desgraciado parto de la madre Tebana (45), serás silenciado, y el que fué engendrado por las furias en tu pierna, ¡oh Licurgo! También se me permitiría decir algo de los velocísimos peces y demás monstruos Tirrenos, pero no es este el objeto de mi poema; el objeto de estos mis versos es explicar el por qué la vulgar vieja hechicera llame o invite a los pueblos a sus libaciones. ¡Oh Baco! antes de que tú nacieses no tenían los templos las ceremonias que hoy tienen, y se encontraba yerba junto a las aras de los dioses. Ganges y todo el imperio del Oriente recuerdan que

fuiste tú quien reservaste para Júpiter Magno las más preciadas cosas; tú fuiste el primero que ofreciste a las divinidades incienso de los pueblos cautivos y las vísceras quemadas del buey; las libaciones y sacrificios traen su nombre de ti que eres su autor; de ahí que parte de estas libaciones se den a los fuegos sagrados; libaciones se hacen al dios porque se alegra de los jugos dulces, y se dice que Baco descubrió la miel.

Iba, en efecto, por el arenoso Hebrón acompañado de sus sátiros—esta fábula no tiene episodios desagradables—y ya llegaban al Ródope y a la florida Panguea, cuando las manos de bronce de los sátiros comenzaron a castañear; he aquí que se presentan unas aves nunca vistas, las abejas siguen por el aire a los que con las manos producían sonidos. Baco cogió a las aves que volaban, las encerró en un árbol raquítico y se encontró más tarde con el regalo de la miel. Y cuando los sátiros y el pesado viejo buscaban por las selvas nuevas colmenas, oyó Baco el murmullo que salía de un haya seca y lo producía un enjambre; vió también los panales; pero goloso nada dijo, y como se había quedado atrás montado sobre el lomo de rollizo burro, lo acerca al haya y su cóncava corteza; se extiende sobre la copa del árbol y con avidez comienza a chupar las mieles escondidas en el tronco; miles de tábanos aparecen y comienzan a picar el tronco; Baco cae precipitadamente herido por una coz de su asno y llama en su auxilio a los sátiros; acercánse éstos y se echan a reir al ver la hinchazón de la boca de Baco. Ríese el mismo Baco y enseña a amasar el barro. Baco goza con las golosinas y por eso le ofrecemos blancas mieles esparcidas en tortas calientes.

El por qué preside la mujer en estas fiestas aún no está muy claro. Baco convoca a danzas mujeriles con su tyrso. ¿Preguntas por qué interviene en ella la vieja?—La vejez es una edad muy apropósito para el vino y muy amante de los regalos de la pesada vid. ¿Por qué se corona con yedra?—La yedra es muy agradable a Baco; y por qué es ello así voy a decírtelo sin ninguna tardanza: dícese que las ninfas nisiadas (46) cuando buscaban una madrastra al niño pusieron este yerba en su cuna. Resta el que explique el por qué regalan los niños a tu constelación, ¡oh Baco! una toga extendida. Ello se debe, o bien a que tú siempre pareces niño o joven y estás en el límite entre una y otra edad siempre, o bien a que tú eres padre y estos encomiendan sus hijos a tu cuidado y los ponen bajo tu divinidad, o bien, en fin, a que siendo

tú Liber (47) en tu honor se toma un vestido libre y un camino en la vida aún más libre. Acaso porque los antiguos se aplicaron con asiduidad al cultivo del campo, hasta el punto de que el propio senador trabajaba en el suelo patrio, el mismo cónsul cogía las gavillas con el encorvado arado, y no se consideraba falta el tener endurecidas las manos por la labor. El pueblo rústico venía a la ciudad sólo a los juegos, y se permitía este honor, no para halagar sus aficiones, sino para agradar a los dioses. También el inventor de la cera tenía un día a él especialmente consagrado, pero ahora sus fiestas se celebran conjuntamente con las de Ceres (48).

Y ¿no pareció este día poco apto para dar la toga con objeto de que se dedicase todo él a honrar a Baco?.

Vuelve padre tu rostro y dirige hacia mí tu aplacada cornamenta; concede, en fin, a mi ingenio remos prósperos. En este y en el precedente dia tienen lugar las procesiones a los Argeos; quienes ellos sean en su lugar se dirá.

La constelación el Milano que inclinada se dirige hacia el Polo Norte, se deja ver en esta noche. Escucha qué hecho fué el que concedió el cielo a esta constelación, si es que tienes curiosidad por saberlo. Saturno había sido arrojado de los reinos por Júpiter. Airada aquélla, llama en su auxilio a los bizarros Titanes, persiguiendo por la fuerza lo que los hados habían de decidir; de la madre Tierra nació un tan admirable monstruo que en su parte posterior terminaba en serpiente. Este toro fué encerrado con triple muro en las negras mansiones, al cuidado de las tres Parcas. El destino y la gloria de vencer a los dioses sería de aquel que lograse echar al fuego, para que se quemasen, las vísceras del toro. Fué Briaseo el que inmoló al cornúpeto, valiéndose de una segur que fabricó con un diamante; y ya estaba a punto de entregar las entrañas del animal al fuego, cuando Júpiter manda a los Milanos que lo arrebaten; en efecto, un milano lo hace ascender desde la tierra, llegando por su mérito hasta los astros.

18 EC - 19 F - Quin N -
20 GC - 21 - HC - 22 AN.

El día después del diecisiete comienzan los sacrificios a la diosa Minerva, de los que reciben el nombre estos cinco días; durante el primero no hay sacrificios de sangre ni es lícito hacer campañas guerreras; la razón es que en este día nació Minerva; los otros cuatro días tienen

lugar los juegos minervales en la lisa arena, pues agrada sobremanera a la diosa ver resplandecer las armas al sol (49); en estos días ¡oh niños y tiernas jovencitas! orad a Palas, que aquel que más aplaque a la diosa será más docto; aplacada la diosa, aprendan las doncellas a mullir la lana y a descargar las ruecas llenas de estambre. Palas también enseña a fabricar las telas, partiendo de la hurdimbre y apretando la floja obra con el peine. Honra a Minerva tú que haces desaparecer las manchas de los vestidos; honra a la diosa tú también que preparas las cotas de malla con los vellones de lana; nadie haya,—aunque sea más ducho que Tyquio y más hábil en el manejo de las manos que el antiguo Epeo (50)—nadie haya, digo, que oponiéndose Palas se atreva a hacer nada, ya que airada la diosa manco quedará; y vosotros también, los que quitais las enfermedades por el arte de Apolo (51), llevad a la diosa algunos de vuestros regalos; y vosotros los maestros—defraudada turba del censo—(52), no desprecieis a la diosa Minerva; ella atraerá a vuestras aulas y escuelas nuevos discípulos; ni tú que manejas el pincel y el buril y llenas los lienzos de colores; tú también que con adiestrada mano moldeas las blandas piedras; la diosa Palas es la patrona de vuestras artes, y aun en verdad del arte del verso; que ella esté, pues, propicia a mi trabajo si lo merezco.

Por la parte en que el monte Celio desciende desde la cumbre hacia el llano, allí donde si no es llano el camino muy cerca le anda, podrás ver unos pequeños templos de la cautiva Minerva que le fueron dedicados en su día natal. La razón de su nombre está en duda; llamamos ingenio hábil al de cabeza y esta diosa ingeniosa es... ¿Acaso porque ella nació con su escudo de lo más elevado de la cabeza de su padre? ¿acaso porque cautiva vino de los dominados faliscos? ¿acaso porque tiene una ley según la cual se manda castigar con pena capital los hurtos perpetrados en aquel lugar? Lo segundo enseñan antiguas escrituras. Pero de donde quiera que traigas la razón de tu nombre, ¡oh Palas! mantén siempre la egida que proteja a nuestros jefes.

23 B TUBIL. Festivo.

El día siguiente te avisará que debes limpiar las sonoras tubas y hacer sacrificios a la diosa fuerte; ahora puedes decir con el rostro elevado al sol: «aquí exprimió el vellocino de oro». En las semillas abrasadas por el engaño de la malvada madrastra no volvió a crecer, como solía, la yerba; se envía al oráculo quien pregunte qué producción con-

ceda a la estéril tierra el adivino de Delphos; éste, también corrompido con la semilla, anuncia que un mismo fin desgraciado tocará a Frixio y a su hermana Heles. Y como los ciudadanos, el tiempo e Ino obligaron al rey, que se oponía, a cumplir los nefandos mandatos, Frixio y su hermana, tapadas sus sienes con vendas, juntos están ante los altares llorando su suerte. Los ve su madre, que por casualidad flotaba en el aire, y golpea con la mano su pecho entristecido. Entre nubes salta a la ciudad draconígena, llevándose a sus hijos; para que les sea fácil la huida les entrega un carnero más limpio que el oro; éste arrastra a los dos a través de los anchos mares; se afirma que la hembra, desfallecida, cayó por el lado izquierdo y de allí tuvieron nombre las aguas. Su hermano estuvo a punto de perecer al tratar de socorrer a la que se había resbalado, y al extender su cuerpo hasta las manos que le pedían auxilio. Lloraba como si perdido hubiera a la compañera de un mismo peligro, ignorando que ella gozaba ya de la unión con el dios celeste; el carnero convirtiose en constelación al tocar en el mar, pero la rojiza lana de éste llegó hasta las mansiones cólquidas (53).

24 CQ Rex CF - 25 - DC - 26 EC.

Cuando la Aurora que se aproxima haya enviado tres días, observarás que se igualan los días con las noches (54).

27 F. Festivo. En este día fué conquistada Alejandría por César.

28 GC - 29 HC - 30 AC. Festivo.

De aquí al día en que el pastor haya encerrado por tres veces los apacentados rebaños, y a que por cuatro veces hayan blanqueado las yerbas por el reciente rocío, ha de ser adorado Jano, y con él la apacible Concordia, y habrá Salud romana y Ara de la paz (55).

31 CC.

La luna rige los meses; también la luna, digna de ser honrada en la escotadura del monte Aventino, termina los tiempos de este mes de marzo.

Apéndice sobre las divinidades que en el texto se citan

Cœlum, Saturno, Titán, Juno.

Cœlum era el más antiguo de los dioses conocidos en el mundo clásico. Dos hijos de este eran celebrados por los poetas: *Tempus* o *Saturno* y *Titán*. Este, aunque primogénito y por ende con derecho al imperio del mundo, a ruegos de su madre Vesta traspasó a Saturno los derechos de la primogenitura con la condición de que su hermano no habría de tener nunca hijos varones; por eso en cuanto le nacían hijos, Saturno los devoraba a pesar de la oposición violenta de su esposa, quien habiendo dado a luz en un solo parto a Júpiter (niño) y a Juno (niña), sólo mostró a su esposo la hembra, ocultándole el varón.

Se dió cuenta de la estratagema Titán y atando con fuertes amarras a Saturno, lo metió en prisión. Su hijo Júpiter le rescató más tarde, por lo cual le movieron tenaces guerras los Titanes, hijos que volvían por la determinación de su padre. Supo Saturno por los hados que su hijo Júpiter le había de expulsar del cielo, su reino, y queriendo evitar que llegara a suceder, púsole asechanzas y le movió dura guerra. Pero cumpliéronse los hados (recuerda «La vida es sueño» de Calderón) y, vencido, fué de las mansiones celestiales arrojado (de ahí su nombre Elicium). A parar fué a aquella parte de Italia donde más tarde había de fundarse la ciudad de Roma, parte que se llamó Lacio, porque allí al caer Saturno quedó extendido (latuit). Jano, rey del Lacio, recibió con muestras de grandes simpatías al expatriado dios y en justa recompensa a su hidalguía le concedió Saturno la virtud de vidente, con la que recordaba exactamente lo pasado y preveía lo que iba a ocurrir: de aquí que se llamase y se representase con dos cabezas (biceps), o doble frente (bifons). Durante su reinado florecieron las costumbres y las artes, gozando su pueblo de una edad que por lo feliz se llamó áurea.

Las fiestas que se dedicaban a Saturno (Saturnales) tenían lugar en diciembre, durante tres días al principio y en tiempos posteriores, cuatro, cinco y aún más días. Durante las fiestas no había sesiones del Senado ni clases, y se enviaban regalos unas a otras familias; no se podía aplicar la pena de muerte ni declarar la guerra; no servían tampoco los esclavos las mesas a sus señores para conmemorar la edad de Saturno, en la que nadie era siervo. A Jano se le representaba con el caduceo y con la clave; el primero como indicador de los caminos, la segunda, para significar que él fué el inventor de las casas. De él recibió el nombre el mes de enero (el que abre el año, la puerta del año). Se colocaban en su templo doce aras, número igual al de los meses. En todas las ceremonias y sacrificios se le invocaba en primer lugar porque él fué el prime-

ro que instituyó los sagrados ritos. El templo que le estaba dedicado en Roma se abría durante la guerra y se cerraba cuando había paz, dos veces tan sólo hasta la edad de T. Livio (bis post Numæ regnum Ianus clau sus fuit).

Cybeles, Ceres, Termino.

Cybeles, esposa de Saturno, era llamada por los poetas de distinta manera: Dyndimene, Berecintia e Idea, nombres de los respectivos montes Frigios donde principalmente era venerada; Magna Mater porque de ella nacieron los demás dioses; Ops y Tellus porque así como Saturno mandaba en los cielos, ella en la tierra y proporcionaba auxilio a los mortales; Rhea porque es de la tierra de donde todo sale, fluye; alguna vez también Vesta, aun cuando con este nombre se conoce más a la madre de Saturno que a la esposa. Hay, sin embargo, quien distingue dos Vestas: esposa de Coelum y madre de Saturno la una, otra más joven e hija de Saturno. Se la representa de ordinario sentada porque la tierra aposentada está, con un tympano en la mano porque la tierra contiene en su seno a los vientos que salen produciendo metálicos sonidos; rodeada de animales y transportada en un carro que arrastran unos leones.

Vesta, la joven, era abogada de la virginidad presidiendo los fuegos. Numa Pompilio consagró a esta diosa un altar y mandó que en él se alimentase peremnemente un fuego; instituyó un sacerdocio de jóvenes vírgenes a las que se encomendó el cuidado de que no se extinguiese este fuego sagrado que ellas atizarían y conservarían. Si el azar o los elementos atmosféricos lo apagaban, se suspendían todos los asuntos así particulares como públicos, hacíanse rogativas y actos de desagravio a la divinidad (novemdiale lectisternium) hasta que aplacado se hubiese aquel infausto prodigio; y si se extinguia por descuido de las vírgenes vestales se las castigaba con severas penas, así como también si se hacían indignas del sacerdocio perdiendo su pureza y virginidad (se las enterraba vivas, se las sacaban los ojos).

El día primero de marzo de cada año se renovaba el fuego encendiéndole con llama, no de otro fuego, sino arrancada al sol. Las fiestas de Cybeles se llamaban Magalesias y sus sacerdotes, Galos, del río Galo en la Frigia; bebían estos su agua y enfurecían; se castraban con pedernal, se afeitaban la cabeza y cornaban unos con otros, por lo que se decían Corybantes; vestían traje mujeril; adoraban a Júpiter en Creta, de ahí el nombre Curetes; también se los llamaba Dactilos, porque eran diez como los dedos de las manos, e Ideos por el nombre del monte Frigio. Celebraban sus ceremonias dando saltos por el bosque, con aullidos y tocando sus tympanos y cimbales. Catulo nos ha dejado una narración preciosa en su C. LXIII de la ceremonia de consagración de un sacerdote Galo.

Ceres era hija de Saturno y Cibeles; la diosa era de los frutos y la inventora del trigo; por eso se la pinta con una corona de espigas y con los senos repletos, y de ahí también sus nombres de Mamonae y Alma, porque a todos alimenta (alo-is-ere). Esta buscó durante mucho tiempo a su hija Proserpina, y como de miedo no podía conciliar el sueño dióle Júpiter una adormidera (así

le vino a esta planta la virtud de conciliar el sueño). Ella enseñó al hombre el arte de cultivar la tierra. Los ritos de Ceres se llaman Eleusinos porque fué en esta ciudad donde primero se celebraron; de lo que en estas ceremonias pasa se guarda un impenetrable silencio, considerando como reo del crimen más nefasto a aquella que divulgase algo de lo que en los ritos pasaba (V Nota 47). Otras dos fiestas dedicadas a Ceres recuerdan los escritores: las Themosforias en recuerdo de que esta diosa había promulgado las leyes a los Atenienses y las Ambarvalias instituidas por Numa para impetrar de la divinidad la fertilidad de los campos (Recuerda la «fiesta de las espigas» del culto católico). Los sacerdotes encargados de esta ceremonia se llamaban hermanos arvales, y al comenzar la primavera recorrían el campo con una cerda preñada que después inmolaban entonando un *carmen* (cántico) pidiendo a Ceres que llenase de fruto las espigas. Este carmen entonado por los doce hermanos arvales, es quizá el más antiguo monumento de la poesía latina y dichosamente se nos ha conservado.

El dios Termino presidía los límites o demarcaciones de los campos; sus fiestas se llamaban terminales.

Júpiter.

Júpiter, hijo de Saturno y Cibeles, después que expulsó del cielo a su padre, dividió con sus hermanos el reino del mundo: se adjudicó el cielo para sí, las aguas a Neptuno y el infierno a Plutón. No duró mucho la paz entre los hermanos, pues Tellus, condoliéndose de que Júpiter hubiese matado a sus hijos los Titanes, envió contra él los Gigantes, notables por su estatura y fuerza, quienes intentaron arrojar del cielo a Júpiter colocando las montañas una sobre otra para escalar el firmamento. Pero recibieron el castigo de Júpiter siendo arrojados por sus rayos y aplastados por los mismos montes. Convocados los dioses por Júpiter ante el peligro de la guerra y creyéndose muy desiguales en fuerza a la de tan enormes Gigantes, de tal manera se atemorizaron que a la vista de estos comenzaron a huir, y aceptando la forma de animales variados, acamparon en Egipto (de aquí que los egipcios adoren como divinidades a las bestias). Solamente Baco, disfrazado de león, resistió valerosamente, animándole a la lucha Júpiter, que le decía: «adelante hijo mío» (Evohe).

Júpiter una vez recobrado el pacificado reino, se entregó de lleno a crear a los hombres. Prometeo modeló algunas estatuas con barro y las dió vida con el fuego que previamente arrancó al carro del sol. Júpiter indignado por el atrevimiento de Prometeo anticipándose a sus pensamientos, encargó a Vulcano que lo encerrase en el monte Cáucaso y le dió un buitre para que destruyese poco a poco corroyendo las entrañas de los que naciesen. La crueldad de Júpiter pareció muy mal a los demás dioses que criticaban el que a sí solo se arrogase el derecho de formar a los hombres. Por lo cual, poniendo todos los dioses a contribución su ciencia y las particulares prerrogativas, idearon y construyeron una mujer que llamaron Pandora, esto es, adornada de todos los dones.

Júpiter, para vengar la arrogancia de los dioses obsequió a Pandora con un regalo mortífero, pues que en el obsequio había encerrado todos los males de

la naturaleza. Llevó Pandora el regalito a casa de Epimeteo, hermano de Prometeo y éste, o como es más probable su mujer, movida por la curiosidad, abrió la cajita y salió de ella toda clase de pestes y calamidades para el orbe; de aquí nació la edad de hierro y la plaga de males para el género humano.

Júpiter es el padre de los dioses y el que sobre todos hacía resaltar su poder. De esta su fortaleza hacía ostentación hasta en los propios juegos que para pasar los ocios tenían los dioses en su mansión del Olimpo. Cuenta Herodoto que solía tomar Júpiter una cadena a la que invitaba a agarrar y tirar de ella a todos los dioses; cuando éstos más fuerza hacían, Júpiter daba una violenta sacudida y del golpetazo salían expulsadas a gran distancia las distintas divinidades.

Los poetas llaman a Júpiter de distintas maneras: Diespiter, esto es, padre del día; Feretrio, ya porque hiere a los enemigos, ya porque a sus templos se llevan los despojos guerreros; Stator fué llamado por Rómulo porque estuvo presente en la lucha que los romanos sostuvieron con los sabinos; Vejovis o Vedius, ya porque a él se acude cuando se quiere alejar un mal inminente o ya para significar a Júpiter niño como se explica en el texto.

Juno, Marte, Minerva.

Juno, esposa y hermana de Júpiter, era llamada también Pronuba, Lucina e Hythia. Juno tuvo de Júpiter a Marte, que presidía la guerra y las armas, cuya esposa se llamaba Bellona o Enyo; también tuvo a Vulcano, deforme y contrahecho. Disgustó a Júpiter este degenerado parto y de un puntapié arrojó del cielo a Vulcano que, al caer, se rompió una pierna, permaneciendo cojo toda su vida. Para consolarle de esta desgracia, Júpiter concedió a este su hijo el poder de fabricar rayos; las fraguas de Vulcano estaban en Lemnos, Lipari, Aetna; los oficiales eran los cíclopes, así llamados porque sólo tenían un ojo situado enmedio de la frente.

También a Palas o Minerva, hija que nació de su propia frente sin que por consiguiente interviniera en el parto la madre, le dió el doble don de presidir las letras y la guerra; pero vulgarmente se le llama Minerva cuando preside los estudios y Palas cuando la lucha; a esta se la ofrecían laureles, señal de paz, porque es en la paz cuando prosperan las letras y la paz es también el premio del fin de la guerra. Entre los hermanos Marte y Minerva había alguna envidia, pues que Minerva por haber nacido, como se ha dicho, de la cabeza de Júpiter, se creía más fuerte y aseguraba que la inteligencia dominaba a la fuerza.

Juno ofendida por el desprecio de su marido, le inspeccionaba por medio de un hombre dotado de cien ojos, de nombre Argos. De tan molesto custodio se libró Júpiter con la ayuda de Mercurio. Los ojos de aquél los incrustó Juno en la cola de un pavo, o como otros autores quieren, fué el mismo Argos el que se convirtió en pavo. Iris fué la criada de Juno y la consejera, aun cuando a veces asistía también a Júpiter y otros dioses. El dios Marte solía ser llamado Gradivo cuando castigaba, pues la palabra *gradior* se dice propiamente de los soldados que se preparan a la batalla; Quirino, en cambio, se le llamaba cuando se presentaba tranquilo y dulce, nombre venido de la voz sabina Cures o Qui-

ris que significa hasta. Los sacerdotes consagrados al culto de dios Marte se llamaban salios, es decir, saltadores, porque iban saltando alrededor de la ciudad, danzando al son de tripudias golpeadas contra los escudos (ancilia) sagrados, insignia del poder que por las armas había de conseguir Roma (ve el texto).

Diana.

Júpiter tuvo de su mujer Latona a Apolo y a Diana. Con este nombre se le conocía en la tierra, con el de Luna en el cielo y con el de Hecate en los infiernos; de aquí que los poetas la digan diosa de tres nombres, Hecate de tres cabezas. Aficionada muchísimo al sport de la caza, presidía a los cazadores. Conservó perpetuamente su virginidad y convirtió en ciervo al cazador Acteon. En Efeso le fué consagrado tan hermoso templo que es reputado como una de las siete maravillas del mundo; un ara también tenía desde el Quersoneso al ponto Euxino, en la que se inmolaban también aún hombres, singularmente náufragos, si habían sido expulsados a aquellas playas por las olas.

Baco.

Júpiter tuvo de Semele a Baco. Ya algo consumido por la edad peregrinó por toda la tierra y triunfó en la India. Se dice que él fué quien halló por primera vez el vino, y a este se le inmolaba un cabrito, animal que se alimenta de las yemas de las vides; fué él también quien primero hizo uncir al yugo los bueyes, razón por la cual se representa la cabeza de Baco con cuernos para significar la fuerza y la audacia, cualidades ambas comunes a los bueyes y a los borrachos. La yedra es también uno de sus atributos. Orlado con ella y con pámpanos lleva un bastón que llaman tyrso. Provistas de él las mujeres, con los cabellos desgreñados y dando gritos celebraban sus ritos; estas fiestas de Baco recibían el nombre de Trieterica porque se celebraban cada tres años, Orgía por la locura que en ellas reinaba; vestidas las Bacantes (sacerdotisas de Baco) con pieles de tigres y panteras y alguna vez armadas de hoces andaban errantes por perdidos montes, principalmente por los de Tracia. A Baco se le llamaba también Dionisio, del nombre de Júpiter (Dio) y de la ciudad de Nisia, donde primeramente reinó, o de Nisias, ninfas que le educaron. El vulgo latino le conocía con el nombre de Liber, porque nada más procaz y libre como el borracho y nada libre de todo cuidado como él. A este nombre corresponden el griego Lyeo; de aquí que sus fiestas se llamasen Liberales o Bacanales. A Baco se le pinta siempre con rostro pueril, pues los borrachos semejantes son a los niños; desnudo porque ningun secreto hay para el ébrio.

Mercurio.

Hijo de Maia era Mercurio, el mensajero y recadero de Júpiter y de los dioses; por eso tenía alas en la cabeza y en los pies que más velozmente le ayudasen a cumplir los mandatos de los dioses. En la mano llevaba un caduceo. Cuéntase que Mercurio se interpuso una vez a dos serpientes que se peleaban y que las pacificó interponiendo la vara que llevaba en la mano; de aquí el que lleve una vara ensortijadas en ella dos serpientes y un caduceo, signo de paz

y de alianza. Porque era Mercurio siervo y mensajero de los dioses le fué también puesto el nombre de Camilo, nombre que utilizaban sobre todo para designar a los niños y a los sacerdotes que le estaban consagrados. Mercurio proviene de la palabra merced y mercancía, de las que era dios. Otra prerrogativa de Mercurio era la de conducir a las mansiones eternas las ánimas de los muertos y ayudar en sus empresas a los ladrones. Igualmente se sigificaba por su amor a la palestra y a la elocuencia y siempre se le pintaba con una cadena de oro manando de la boca, con la que ataba a los oyentes. Los romanos colocaban sus estatuas en las encrucijadas y en las cuatro calles para que indicasen el camino; solían los romanos unir las estatuas de Mercurio y Minerva.

Venus.

Tenía Venus tres hijos: Cupido, Priapo, dios de los huertos e Himeneo; más tarde tuvo a Eneas; las hijas llamadas Gracias fueron tres: Aglaía, Thalía y Eufrosine. La honraban principalmente Amatunte, Citeris, Paphe. Se dice que la Astarte, reina de los sidonios no era sino la misma Venus. A Venus se le añade una compañera, Pito o Suada, diosa de la elocuencia. Arrastraban el carro de Venus unas palomas, unos cisnes, o unos pájaros. Se la tenía como diosa de la impudicia para que no se avergonzasen los mortales de entregarse a los placeres dándoles el ejemplo los mismos dioses.

Neptuno.

A Neptuno, hijo de Júpiter, le tocó en suerte el imperio del mar; tenía por cetro un tridente; por carro, una monumental concha; por caballos o corceles, los hipocampos o caballos marinos, de sólo dos pies y con cola de pez; por satélites o acompañantes, a los Lritones. Amfitrite era su esposa, las Arpias sus hijas, Océano hijo de Neptuno y padre de los ríos, se casó con Tetys, de la cual tuvo a Nereo y a Dorida. De estos nacieron las ninfas, llamándose Nereidas las del mar y Naiades las de las fuentes y ríos, Napeas, Dryades y Hamadryades las de las selvas. Hijo igualmente del Océano era Proteo, pastor de Neptuno y a quien los romanos llamaban Vertumno porque aceptaba infinita variedad de formas. Entre los dioses del mar deben citarse a Glauco Ino y a Eolo el padre de los vientos.

Pan Fauno Sátiros.

De la misma manera que para el cielo y los infiernos, había también divinidades propias de la tierra. El principal lugar entre los dioses agrestes lo tenían Pan y Pales. Pan, hijo de Mercurio, tenía cabeza y pies de cabra y llevaba barba y cuernos. Le acompañaban los sátiros no desemejantes y Silvano el dios de las selvas. En honor de Pan celebraban los romanos en el mes de febrero las fiestas Lupercales. Pan, de una voz griega que significa todo, simboliza el Universo donde están mezclados los hombres con las bestias; por eso llevaba en su parte alta la imagen del hombre y en la baja la del ganado. Pales era

invocado por los pastores y se celebraban sus fiestas al terminar el mes de abril. Pomona era la divinidad de los frutos; Cloris de las flores; las fiestas florales se celebraban en su honor.

Los dioses domésticos se llamaban Lares o Penates; los primeros númenes eran también de las aldeas y de los caminos; así, pues, en los barrios y en las calles se les rendía culto, llamándose Compitalias las fiestas celebradas en su honor; construíanse muñecos de trapo, y, como víctimas ofrecidas, se suspendían, rogándose a los dioses Lares que sobre estas imágenes de trapo descargasen su ira y los castigos que los hombres hubieran merecido. Cuando los niños se ponían al cuello medallas se las consagraban a los Lares. El perro, animal el más fiel y doméstico, le estaba especialmente consagrado, y ellos mismos se vestían con pieles caninas. El lugar sagrado de la casa en que se colocaban los dioses Lares se llamaba Larar.

La divinidad peculiar a cada individuo se denominaba Genio, y nacía y moría con él; dos Genios moraban con cada individuo: uno afortunado y blanco, negro y siniestro el otro; si éste era más fuerte que el blanco multitud de desgracias y contratiempos sobrevenían al mortal. Al Genio se le sacrificaba una serpiente.

La Fortuna, diosa ciega y sentada en una rueda voluble, regía los sucesos humanos; a ésta le dedicaron los romanos variados templos, y colocados en diversos lugares, templos que se veían muy frecuentados. También se cuentan entre los dioses La Noche y el Sueño o Morfeo; de ambos nació Momo, dios de los juegos y las diversiones. Se veían asimismo templos dedicados al culto de diversos crímenes, monstruos y enfermedades, tales como a la Envidia, al Engaño, a la Calumnia, a la Discordia, a la Locura, al Miedo, a la Pobreza y a la Enfermedad; también, aun cuando con menos frecuencia, se le dedicaban a las Virtudes: a la Fidelidad, a la Justicia, a la Piedad, al Pudor, a la Concordia, a la Verdad, a la Salud, a la Libertad, a la Paz y al Silencio.

(Continuará)